

EL ARZOBISPO D. FRANCISCO VALERO Y LOSA

JOSÉ IGLESIAS GÓMEZ

Tratando de completar una genealogía en el Archivo Histórico Nacional, hallé un testamento en el que se expresa que doña Esperanza Valero era hermana del Ilmo. Sr. D. Francisco Valero, natural de Villanueva de la Jara, provincia de Cuenca, Arzobispo que fue de Toledo durante los años 1715 a 1720. Puesto que este dato venía a confirmar mi parentesco con tan ilustre personaje, me propuse conocer con alguna profundidad el rastro de su paso por el mundo. Y hallé con sorpresa que, mientras entre los autores de Cuenca únicamente Mateo López, del siglo pasado, había dedicado unas escasas líneas a su biografía, grandes historiadores tales como de la Fuente, Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, se refieren a él con admiración llamándole «el venerable Arzobispo Valero».

El miembro de esta Real Academia de Toledo, don Luis Alba aumentó mi primera información procurándome una biografía sintetizada pero muy completa cuyo autor es el también académico señor Gómez-Menor, y un extracto por don Teodoro San Román. Y después, el encuentro de la «Vida de don Francisco Valero y Losa» escrita en 1792 por el carmelita P. Antonio de los Reyes, me impulsó a rehacer, actualizándola, su biografía. La oración fúnebre que se pronunció en sus exequias me fue facilitada por el académico señor González.

Escrita en un castellano ahora en desuso, la obra del P. de los Reyes necesitaba, por una parte, presentar al personaje a la luz de nuestro tiempo, un «aggiornamento» con sentido crítico para valorarlo en la realidad de su época -que se corresponde en su final con la «crisis de la conciencia europea»- y, por otra parte, exigía trasvasar el preciado vino de sus expresiones con sabor castizo, de sus odres viejos a los odres nuevos del lenguaje de ahora.

*

Los datos genealógicos utilizados proceden de las diligencias que don Antonio Maldonado, Rector en Alcalá de Henares, recogió directamente en Villanueva y después en Sisante y Vara de Rey en abril de 1683, para la información, averiguación y pruebas de la limpieza de sangre del licenciado don Francisco Valero y Losa como actos positivos y de acceso al Colegio de San Clemente. En el acta de Bautismo se lee que Francisco Valero nació en Villanueva de la Jara, provincia de Cuenca, el tres de diciembre de 1664, hijo legítimo de don Felipe Valero y de doña Ana de Losa.

En cuanto al rastro heráldico, tanto el escudo existente en la catedral de Badajoz como el ovalado que figura en la sala Capitular de la catedral de Toledo, coinciden con el escudo existente en Villanueva de la Jara, en su casa solariega.

*

La «Societas Jhesu» de Yñigo de Loyola andaba en época de esplendor por la atracción que sobre la juventud ejercía su ideal heroico, y, en su expansión por Cuenca, había recalado en Belmonte donde vemos a Francisco de niño, fuera de su villa natal, asistiendo al Colegio de la Casa-Convento propiedad de aquella Orden, para iniciarse en los estudios de Gramática y Retórica, como resto del Trivium, superado ya, y de latinidad.

*

A la llegada a Alcalá de Henares del estudiante Valero, la

Universidad, aunque conservaba en buena parte su esplendor, había entrado en disgregación. Aún se mantenían los órganos originados en las Partidas y el Fuero académico por el que los estudiantes quedaban sujetos a la jurisdicción del Rector del Colegio de San Ildefonso.

«Primum omnium», como todos los futuros estudiantes, Francisco se «escribió» en la matrícula para gozar del apetecido fuero. No pudo, al principio, ser becado, -ésto es, Colegial manteísta-, por lo que se vio precisado a vivir en régimen de pupilaje.

Según los datos de los documentos universitarios hallados, la licenciatura de 1683 se corresponde con los estudios de Arte y Filosofía, necesario vestíbulo para acceder a la licenciatura. En 1690 se doctoró en Filosofía, y su licenciatura en Teología data de 1691.

La beca que obtuvo en 1684 era del Colegio de San Clemente, también llamada de los Manchegos, cuyos becarios llevaban manto y beca de paño burriel.

*

«Y ocurrió que sintiéndose enfermo el doctor don Francisco del Cañizo, durante la noche, rogó -eran las dos de la madrugada- se llamara inmediatamente a un Notario, buscar a testigos y avisara a don Felipe Valero, porque deseaba urgentemente se levantara acta de su resignación del curato de Villanueva, en favor de su sobrino Francisco Valero».

El curato que ahora recibía el doctor Valero, era el más rico de la Diócesis de Cuenca, con una dotación de siete anejos.

*

A continuación, la Guerra de Sucesión, en un rápido episodio, iba a dejar en Villanueva de la Jara una huella de extrema violencia a finales de septiembre de 1706.

El archiduque Carlos se había desplazado desde Barcelona para participar en la campaña del Centro, pero notándose en terreno

terreno decididamente hostil, -la situación en Castilla no era tan favorable- no quiso pasar a Madrid y desde Pastrana se unió al ejército aliado procedente de Extremadura, hecho que aceleró la inminente toma de Cuenca, a la que el Marqués das Minas había invitado a proclamar al Archiduque por Rey de España. Un súbito empuje de las tropas borbónicas que recuperaban Madrid el cuatro de agosto, hacía aconsejable su retirada hacia el reino de Valencia, y en este gran desplazamiento en arco hacia La Mancha de los ejércitos del Archiduque se vio envuelta la pequeña Villa cuando, temerariamente, opuso resistencia a su paso.

«Noticiosos los de Villanueva de aquella resolución de los imperiales» y «como es paso esta Villa de Valencia, creyéronse expuestos a las violencias de un Ejército enemigo y poderoso». «La consternación se apoderó de todos», y desató las prisas por ocultar y proteger las alhajas y bienes. Sin embargo, la permanencia de las fuerzas en Huete y en Cuenca, parecía orillar el paso de los imperiales por Alarcón, con lo que se distrajeron de la primera alarma.

Al amanecer del veinte de septiembre, creyeron que los ecos de los clarines y tambores que oían aproximarse eran tropas amigas; pero cuando vieron al Archiduque «venir entre ellos a la frente de su Ejército», retrocedieron «a la villa, tocaron a rebato, y todos los que pudieron, tomaron las armas».

Los Generales del Emperador «enviaron recado para que la Justicia se presentase ante ellos a rendirle obediencia, y amenazando que, de repetirse, los pasaría a cuchillo». La Justicia resolvió presentarse «el cura a la frente», y cuando caminaban hacia el campo del Emperador, «llegaron órdenes estrechas de los del campo de nuestro Ejército» para que cualquier súbdito se saliera del pueblo y se sumara a las tropas. Así lo hicieron, y de esta forma el cura Valero que los acaudillaba se libró de la violencia, pues «se había determinado sacrificarle primero que a

los demás»... «Tocaron cajas y clarines a degüello y se mandó quemar la villa después de saqueada y muertos sus habitantes». Las tropas enemigas, en efecto, entraron al saqueo y «quemaron muchas de las casas principales y las provisiones de granos, vino y aceite, que no podían aprovechar». En fin, «cinco días con cinco noches duró el saqueo hasta que destruyeron todo y se sació su furor».

*

«A la hambre y a la guerra se siguió bien presto la calamidad de la peste». Los muchos heridos de las tropas del Rey eran evacuados a Requena «donde por la falta de asistencia y sobras de necesidad morían los infelices sin remedio. «A principios de noviembre del año 1706, fue Dios servido de levantar la mano de su azote, compadecido de la calamidad de su pueblo».

El Concejo de Villanueva consideró de urgencia acudir al Rey para obtener la dispensa de las contribuciones a la Corona, a cuyo efecto se disputó al cura Valero y a otras dos personas más para que se desplazaran a la Corte y pedir la exención al Consejo de Castilla.

Envuelto en la popularidad del suceso comentado en los foros y mentideros de la Corte, esta visita del cura Valero aumentó su prestigio ante Felipe V, y acabó por determinar su nombramiento para la dignidad episcopal de Badajoz.

*

La consagración como Obispo de Badajoz tuvo lugar el primero de mayo de 1707 en el Colegio Imperial de los Jesuitas de Madrid, actuando como consagrante el Arzobispo de Valencia don Antonio Folch de Cardona. Extraño encuentro el de estos dos personajes porque, para entonces, la simpatía del Arzobispo Folch hacia el Archiduque era notoria; no resultaba por tanto del agrado del Obispo Valero. El Arzobispo Folch, dos años más tarde, mostraba públicamente en Madrid su adhesión al Archidu-

que, movido por la política regalista del gobierno y la desproporcionada y brutal represalia contra Játiva, ordenada por Felipe V, en cuya destrucción y en su inútil cambio de nombre, Macanaz tuvo tanto que ver.

*

Solamente vamos a hacer dos referencias rápidas a su época de Obispo de Badajoz.

La primera se refiere al retablo que mandó fabricar para el Altar Mayor de la catedral, obra que transfiere fielmente el dulzón y esplendoroso gusto del barroco inminente de Ribera. Las columnas salomónicas, más los estípites y zócalos como único testimonio de lo lineal y las molduras de rosetas y hojarasca relleno los espacios, disuelven la impresión del espectador en una sensación glorificada del conjunto.

La segunda se refiere al conflicto que mantuvo el Arzobispo contra el Corregidor Spínola con motivo de la procesión del Corpus que en Badajoz se celebraba con una enorme participación de gremios, con bailes e, incluso, con máscaras. Con licencia, la resumimos así:

El obispo ordenó que no saliera aquel conjunto que nada tenía de sentido religioso: El Corregidor Spínola se opuso a la anulación del elemento popular; el Obispo siguió en sus trece;

->No saldrá por mis calles»- dijo Spínola:

El obispo fue preguntando: ->Su Ilustrísima, entonces, ¿por dónde va a ir la procesión?»

->La procesión va por dentro, por dentro de la Catedral», respondió, en frase que ha debido servir como raíz de la popular expresión.

* * *

Y por fin, Toledo. Es de imaginar la expectación despertada por la llegada del nuevo Arzobispo y el esplendor que sus calles lucirían. La ciudad, con asiento meridional en una concavidad del

Tajo, se levantaba desde el puente de San Martín y San Juan de los Reyes, hasta la puerta del Cambrón, y, siguiendo la altiva escarpada Norte, alcanzaba la puerta de Bisagra, la puerta del Sol y el convento de la Concepción hasta el puente de Alcántara oteado por el famoso Alcázar, que en 1710 había sufrido un importante incendio. Casi, pues, con la misma configuración panorámica que ostentaba su monumental conjunto en tiempos de Garcilaso -sobresaliendo la soberbia torre de su Catedral- la imperial ciudad

«estaba puesta en la sublime cumbre
del monte y, desde allí, por él sembrada
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada».

*

El día primero de la Pascua del Espíritu santo, nueve de junio de aquel año de 1715, el Arzobispo don Francisco Valero entraba en Toledo a las diez de la noche como hora propicia para «huir de las lisonjeras demostraciones», -al igual que hiciera cuando entró como Obispo en Badajoz.

Al día siguiente, «tomó la posesión personal de su Iglesia con gran solemnidad y ceremonia accediendo por la puerta del Perdón», también denominada de los Arzobispos, puerta central de la triple entrada de la fachada de la Catedral de Toledo. Ya en el altar mayor la comitiva, después de bendecir al pueblo, «recibió la obediencia y omenaje del mismo gravísimo Cabildo» y, concluido el acto y retirado a su Palacio, recibió también las visitas y cumplimientos del Concejo de la ciudad, priores y superiores de los innumerables conventos toledanos, «parte esencial del alma de la ciudad», representantes de la Universidad de Alcalá, dignidades diversas, nobles y un inmenso gentío de fieles.

*

Durante su episcopado en Badajoz había hecho campaña contra

la relajación de costumbres. Ahora dictó dos decretos con aprobación expresa del Rey, contra los Carnavales y contra las comedias que interrumpían las procesiones.

Tanto la nobleza como el pueblo llano aburguesado acogió con desagrado el escrito sobre el Carnaval que Madrid, celebraba con verdadera intensidad: largas comparsas y mojigangas en cuadrillas, donde se mezclaba gente de toda laya, con gran estruendo salían haciendo críticas tan ingeniosas como feroces de personas, instituciones y tributos mientras los justicias y alguaciles dejaban en suspenso su oficio para dejar libre correr el sentimiento dionisiaco de la vida.

En cierta forma, la sociedad aquella resultaba carnavalesca. Los caballeros embozados y las lindas tapadas eran estampas costumbristas, y el antifaz un complemento más de la personalidad. Era la época de la capa larga y el sombrero de ala ancha. Las violentas asonadas que por aquel motivo tuvieron lugar en tantas capitales iban a quedar vacías de sentido por el paso del tiempo. El uso del redingote y del sombrero de tres picos acabaría por arrumbar aquellas prendas lenta y pacíficamente.

El espíritu del severo eclesiástico que en él habitaba, alérgico a lo equívoco y a lo superfluo, tenía que rechazar por fuerza las indumentarias carnavalescas. En la redacción del Decreto tendría seguramente presente las circunstancias de la muerte de su antepasado, asesinado durante unas Carnestolendas en Villanueva de la Jara.

El edicto contra las representaciones teatrales -recalquémoslo: las que se celebraban interrumpiendo las procesiones- era necesariamente impopular. De tal forma, teatro y liturgia se hallaban unidos, que a la celebración religiosa le eran ya inherentes las representaciones del Auto Sacramental como obra dramática mayor, más las piezas menores del entremés, la mojiganga y la loa. En suma, el lado laico superaba en fuerza la significación

religiosa del «CORPUS Christi», suprema fiesta sacramental barroca, o como dice Bataillon, «la fiesta primaveral de la Iglesia». De cualquier manera, ambas clases de representación teatral -la clásica y la «Commedia dell'arte» se hallaban en decadencia, e iban siendo desplazadas por el avance de la Opera -la Comedia de la Música-, que abría para la escena una inmensa variedad de presupuestos estéticos.

La finalidad del edicto es separar dos hechos de naturaleza distinta que no deben interferirse: el acto litúrgico y el hecho cultural, esto es, el acto de fe y el hecho artístico.

* * *

La obra principal del Arzobispo Valero es, desde luego, su Carta Pastoral, publicada en junio de 1717. Está escrita en un estilo clásico de resonancias arcaicas, llena de imágenes en una admirable trabación piadosa e ingenua, donde hace gala de una amplia erudición bíblica.

Para su publicación no dejó de guardar sus prevenciones: estaban recientes el proceso contra Macanaz y la caída del inquisidor cardenal Del Giudice y acaso no quedara tan lejos el doloroso recuerdo del arzobispo Carranza. Las alabanzas del P. D'Aubenton y del Inquisidor General acabarían por tranquilizarlo.

La Carta Pastoral contiene más intención divulgativa doctrinal que contenido teológico.

Las alusiones a los libros de la Sagrada Escritura, Evangelistas, San Pablo, Padres de la Iglesia... jalonan el comentario del autor, junto a numerosas figuras del S. XVII y son también de destacar las relativas a Séneca, como único filósofo profano a quien el Prelado admira y concede cabida en sus páginas, si exceptuamos una sola mención a Diógenes.

Como persona de formación seiscentista, el arzobispo Valero carece de una concepción dinámica de la riqueza; su modelo no

está en la acumulación sino en el desprendimiento, no en la especulación, sino en una resignada conformidad que descansa en lo providencial.

Exhorta a la austeridad, al desasimiento de los bienes temporales; aplica la terapéutica de la confianza en la Divina Providencia contra la excesiva previsión.

De la tensión entre riqueza-pobreza y pecado-salvación, arranca lo que pudiera denominarse su concepción de lo económico que, por carecer de ánimo de lucro y ser consecuencia de la primordial salvación, se la ha calificado como una «economía a lo divino».

La pobreza implica, por lo que tiene de recomendable, un valor positivo, y la riqueza representa un obstáculo moral, su acumulación conduce a la adoración del becerro de oro. «El que ama el oro, no se justificará».

La pobreza, por divina alquimia, enriquece al cristiano ante Dios.

En suma, el Arzobispo carece de visión para el orden de lo material y lo práctico, porque desdeña ambos desde su profunda espiritualidad. Como el seráfico de Asís tiene las manos horadadas para el dinero.

Alude al Cantar de los Cantares como libro de lectura difícil, se queja del gran número de ordenaciones que se conceden: «se ordenan a banderas todos los años». Critica el apego a las cosas materiales, y carga los acentos dramáticos con la forma interrogativa, tan utilizada en la poesía latino-cristiana, con un «ubi» = adónde, reiterativo y, aun elidido, martilleante al estilo de los poemas cluniacenses que, en nuestra literatura tiene reflejos en el canciller Ayala, en el marqués de Santillana o en Jorge Manrique: «¿A dónde aquella pureza? ¿a dónde aquel criar los nobles a sus hijos...?»

La mayor parte de las homilias de la Carta tiende a mostrar el lado amenazante escatológico, la dificultad de la salvación. «Ocurre -dice- que donde habríamos de poner más cuidado, en lo espiritual, no lo ponemos, y en lo temporal, donde tendríamos que poner menos, ponemos más». Responde esta conducta al lema «Magis et minus; minus et magis» que irremediamente nos conduce a recordar los cuadros de «El sueño del caballero» de Pereda o las «Postrimerías» con su «Ni más ni menos» del «Finis Gloriaemundi» donde la arrebatada religiosidad de Valdés Leal sintetiza, en el más profundo barroco, el lado tenebrista de la vida y el brillantismo de la muerte, lo transitorio de la gloria terrenal y lo efímero del mundo.

La palabra AMOR, en el contexto es un albo nexa entre el Creador y sus criaturas: «Verdadero amor a Dios» o «ley de amor» son las expresiones que utiliza, y la de «amor al dinero» como perífrasis de la avaricia. Para el Arzobispo la hermosa palabra -envilecida hoy- tiene su máxima expresión de «AGAPE, de Caridad, es decir, el amor de Dios por el Hombre y del Hombre hacia Dios y hacia los demás, a través de Él».

La Carta, al rechazar nuevas formas sociales, deja percibir una corriente modernizadora. En los hombres aparece un precoz abandono de las pelucas, -se hacían también con cabellos de apestados- y no especialmente por resultar nido de ácaros, (la peluca del Rey Sol) sino por el avance del sentido de lo práctico.

La sensibilidad varonil del Arzobispo rechaza con indignación el «chichisbeo», costumbre galante procedente de Italia, extendida por Francia y la Europa central donde, acogida por la sensiblería imperante, activó el surgimiento del romanticismo al estilo de Werther. De «cicisbeare», galantear, consistía en que, en ausencia del marido, uno o varios galanes, autorizados por éste, se ocupaban de hacer compañía honestamente a la esposa, escoltarla, darla el brazo para cruzar la calle... La alarma

expresada en la Carta Pastoral indica que en sectores de alto nivel, la foránea costumbre prendió con fuerza. Entre frívolos andaba el disparatado juego y no se sabría qué admirar más: si la veleidad de la esposa, la ingenuidad del marido o la suerte del galán. La seca repulsa del Arzobispo alcanza el sentido de lo patriótico: «Y que a la vista de las advertencias de la Santa Escritura se dispute en la cristiandad sobre el uso de los chichisbeos. ¡Oh Dios! ¡Oh Virgen Santísima! ¡Oh honra! ¡Oh España!

*

Injustamente, se ha concentrado en el edicto del arzobispo Valero la supuesta aversión de la Iglesia a la por antonomasia llamada «Fiesta Nacional».

Es menester acotar que en su época, el espectáculo consistía en el alanceamiento del toro y en su posterior desjarrete. Lo que hoy se ha convertido en la fiesta de los toros se celebraba a la tradicional usanza que solamente desde 1726 comenzó a ir adquiriendo las formas actuales. Puede decirse que entonces se encontraba sin refinar; aún no se esperaba al toro cara a cara y a pie firme y, por no parecerse «todavía no se ponían banderillas a pares, sino cada vez una, que la llaman harpón» (Moratín).

Es preciso diferenciar históricamente, por tanto, dos etapas en la lidia, muy distintas, pues mientras que a principios del dieciocho predominaba el toreo a caballo, en la época actual las suertes taurinas se realizan a pie, con la excepción del rejoneo, sucesor del alanceamiento y, por tanto, sucesor del toreo castizo. La primera fue una etapa caballeresca de hidalgo a caballo; la segunda es plebeya y socializada, en la que se espera pie a tierra la embestida. Acabada la faena del alanceador, la suerte del desjarrete -que se anunciaba por trompeta- resultaba en extremo brutal. Los de a pie sacaban las espadas y todos a una acometían al toro, acompañados de perros y unos lo desjarretaban con



chuzos y pinchazos con el estoque corriendo y de pasada, sin esperarle y sin habilidad.

Si hoy las corridas de toros constituyen un espectáculo sangriento, será preciso convenir que, en aquella primera etapa de la tauromaquia, la crueldad de la fiesta alcanzaba su grado máximo. La brutalidad del desjarrete sobrepasa tanto los límites de la sensibilidad actual, que no nos queda más remedio que adherirnos al sentir del Arzobispo.

*

La gente buscaba en la Iglesia el remedio a sus necesidades económicas, a su escasez de medios. Ciertamente que el Ejército, la Guardiamarina, o la burocracia con los «empleos de garnacha» en Consejos, Cancillerías y Audiencias ofrecían futuro sin perder la hidalguía; que los hábitos de caballero eran consuelo de segundos y demás excluidos de títulos; y que la reducida emigración ofrecía la aventura de probar fortuna en la diáspora a América. Pero el primer destino que se pensaba para los sin vínculo de mayorazgo, era el eclesiástico.

De aquí la gran preocupación del Arzobispo por impedir que gente sin vocación alguna entrara a depender de la Iglesia; decía que el oficio del clérigo, antes el más rechazado, se ha hecho el más apetecido por más útil y de mayor descanso. La Iglesia, cosa de todos, no hacía sino reflejar en lo humano los mismos males de la sociedad de donde provenía.

*

Ha quedado en la memoria popular el hecho de que el gremio de laneros de Toledo tenía por costumbre reunirse en el Trascoro; sus conversaciones resultaban tan extremadamente ruidosas mientras se celebraban los Oficios, que provocaron el disgusto de Su Ilustrísima. Y ha perdurado también que el Arzobispo, al perder un litigio contra dicho gremio, determinó ser enterrado bajo el suelo donde los laneros se reunían, para ser pisado por sus

vencedores después de su muerte, en un supremo gesto de autohumillación.

Por nuestra parte, respetando la anterior tradición por lo que entraña de sublimación del personaje, el Arzobispo descansa en paz en un especialísimo sitio no necesariamente de tránsito, -por lo que puede pasar desapercibido-, bajo una lápida de dimensiones moderadas, nada ostentosa, ante la modesta capilla de Nuestra Señora de la Estrella, elegida -creemos- por tener la misma advocación que la de una de sus añoradas ermitas de su villa natal, y de acuerdo con el deseo, expresado en su testamento: «Ruego y encargo den sepultura a mi cuerpo en el lugar más humilde, solo debido a quien tan indignamente ocupó el primer lugar».

La severa observación del orden y la humildad y la modestia han quedado popularmente, pues, como los rasgos más acusados de la etopeya del arzobispo Valero. De ningún otro Primado ha hecho la opinión popular una interpretación más patéticamente humilde.

*

La muerte del Arzobispo tuvo en la gota su principal «causa morbi»: desde largos años atrás arrastraba esta dolencia entonces sin tratamiento específico. Podemos imaginar al Arzobispo sentado en un alto sillón frailuno con la pierna extendida para mejor soportar los dolores de la podagra. A nivel popular aún se insistía en la perenne validez de las doctrinas de Hipócrates y Galeno. Contra la gota no se contaba con otro medio más eficaz que algún tratamiento alcalino con ingestión abundante de agua; había que esperar a conocer las propiedades de la colchicina para su analgesia y curación.

En el cuadro de la Sala Capitular de la Catedral de Toledo que representa al Arzobispo, se revelan varios detalles que pueden afirmar este diagnóstico: son el tono oscuro del semblante, que se corresponde con el color cetrino de la tez, y la quiragra que, bajo

los finos guantes, se delata en los tofos de los dedos. La coincidencia de que el padecimiento de la gota recae frecuentemente en sujetos con alta capacidad intelectual e incansable energía, nos permite insistir en esta hipótesis.

Su actitud ante la enfermedad tiene su base en una resignada aceptación próxima a un estoico «sustine et abstine» -sufre y abstente- fuente de paz, pero también de apatía -Séneca, el estoico, es uno de los pocos filósofos que admite el Arzobispo. A esta base humana, el Arzobispo superpone la esperanza cristiana que, mediante esa aceptación sublima la enfermedad, transforma en penitencia al trascenderla dando al sufrimiento un sentido axiológico cristiano.

Cabe también considerar su costumbre de mantenerse en un extremo recato, al punto de que «no permitía que nadie viera desnuda parte alguna de su cuerpo». Y cabe pensar también que, por guardar celosamente su pudor, llegara a ocultar, a impedir a los físicos el tratamiento de alguna enfermedad por lo que tuviera de especialmente íntima. Tal ocurriría con la tremenda aplicación de las candelillas usadas entonces para combatir el mal de próstata que, dada su edad, probablemente acompañó su cuadro clínico.

*

Cuando el Arzobispo regresaba a Toledo de Madrid por última vez, se preparaba para el momento final. Al perfeccionismo que observó en vida -siempre teniendo presente el «memento mori»-, responde la acesis que rodeó su tránsito.

*

En definitiva, el personaje deja un poso patético por su ortodoxia contra viento y marea. Su recio individualismo transmite soledad. Su excelsitud estriba precisamente en comprenderlo: hombre que solo confía en su propio esfuerzo que, mediante su impresionante ejemplo, pretende evangelizar por donde pasa. Su biógrafo exalta sus momentos ascéticos o de éxtasis, pero no

lo adorna con poderes taumatúrgico: no produce una conversión multitudinaria o una radical curación. Sobre sus hombros no se posan los pájaros como a san Francisco de Asís, sino la grave realidad que le opone la existencia cotidiana. Para nuestros ojos de hombre, al Arzobispo le falta la sublime peripecia de un milagro.

Al final, da la impresión de hallarse recogido sobre sí mismo en lamentación silenciosa, contemplando cómo el paso del tiempo no permite que nada permanezca y su corriente arrastra costumbres y usos, mientras su figura queda envuelta en un tinte nostálgico hermano del llanto de Heráclito, de quien lo separa un devenir alentado por la esperanza en Dios y su antropológica cristianidad.

*

«Como los dolores se aumentaban y no se hallaba remedio para mitigarlos, -dice el P. de los Reyes- mandaron llamar a Madrid al médico de Cámara del Rey, quien con sus visitas y recetas le causó tanto alivio que, en breve espacio, le dexó al parecer del concurso, fuera de peligro y quasi bueno. Se despidió este médico ordenando se levantase al día siguiente y se cortase la barba. Aquella misma noche quando estaban consolados y en su mayor sosiego, llamó el siervo de Dios a su Page y le dixo que se moría, pero que no despertase a ninguno hasta haber amanecido. Turbóse el Page y abandonando la sala apresuradamente avisó al abogado. Levantóse la familia y entrando el médico, que ya estaba despedido, reconoció el peligro del nuevo insulto. Conservando hasta el último momento la voz y el conocimiento, como quien se va a dormir sosegadamente, -sin horror ni ademán alguno- encogió los hombros, que en él era acción muy natural, y entregó su alma al Criador el 23 de abril de 1720".

* *

Angélico por su pureza, apostólico en su predicación, insigne

en la modestia, de sus dimensiones humana, intelectual y religiosa, quedan en pie su humanismo y su austeridad; su rigor en la formación intelectual y su independencia moral; su fidelidad a los valores tradicionales que Roma representa y su inquebrantable confianza en el mensaje salvador de Cristo. El arzobispo Valero representa el último momento histórico en el que el esplendor de la mitra se une con la austeridad más ascética, en el crepúsculo de una Iglesia todavía poderosa.

* * *